bre del 98, los narradores de tercera persona pueden leer los pensamientos... y a mí me parece que Cruz Kronfly se los lee más que todo a sí mismo). Dice así:

"Miedo a reconocer que estamos hundidos en los dominios de la casualidad" (pág. 21). Su planteamiento sobre la ley de causa y efecto.

"Toda desilusión resulta proporcional a las ilusiones" (pág. 29). ¿Un aforismo nietzscheano?

"...Estas mujeres terminaron siendo sólo hombres por imitación [...] en eso consistió todo su programa de emancipación" (pág. 227). Su planteamiento sobre el tema de la equidad de género.

Y podría continuar citando, pero bueno, mejor que los admiradores de Cruz Kronfly, quienes lo halagan día a día en los periódicos, emprendan esta tarea, que a mí me resulta pesada, tal vez un poco menos que leer su obra, pero pesada a fin de cuentas.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

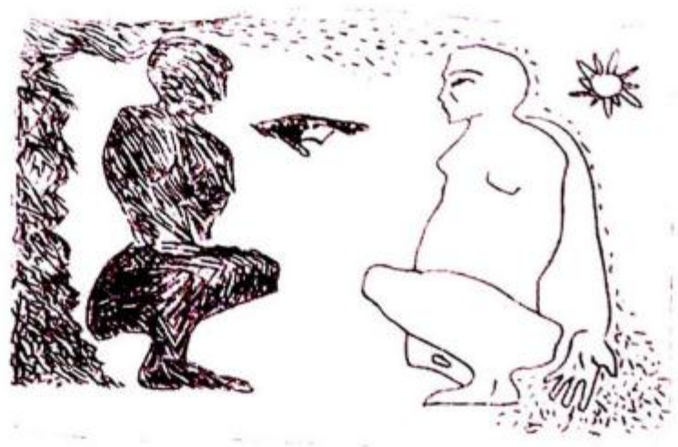
No escribirás libros en vano

Quinto mandamiento
Fernando Soto Aparicio
Plaza y Janés, Bogotá, 2000, 283 págs.

Una de las más recurrentes discusiones que críticos y autores han mantenido alrededor del por qué y para qué de la literatura, es aquella que justificaría tal labor como un compromiso social y político con la realidad, si en efecto fuese necesario prejuiciar la creación bajo los parámetros de funcionalidad. Anota Jean-Paul Sartre en *Qu´est-ce que c´est la littérature?* que —según el brillante concepto de Brice-Parain "las palabras son pistolas cargadas"—, "la función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente". Pero, ¿qué es denunciar el mundo sin ver comprometidas las palabras en un juego a todas luces mezquino? Lo primero es ir al lenguaje. Ya en el discurso semántico que diferencia a la ficción de la realidad misma, representada en este caso por la rigurosidad de una crónica o de un documento historiográfico, la estructura profunda que hace posible la disquisición narrativa, en una novela por ejemplo, tiene sus raíces en un asunto, más que epistémico, semiótico. "No se es escritor por haber decidido decir ciertas cosas, si no por haber decidido decirlas de cierta manera". Podríamos, en efecto, entrever por qué es tan importante llegar a las zonas de la realidad cuya mayor virtud es poder engendrar en ellas la ficción. Visto de esta forma, y respondiendo a la paradoja atrás formulada, vuelvo a Sartre: "La mejor forma de manifestar la subjetividad de una persona es traducir con la profundidad mayor las exigencias colectivas" o, según afirma Andréi Tarkovsky en su libro *Esculpir en el tiempo,* que "en el arte, el hombre se apropia de la realidad por su vivencia subjetiva".

Intento con esta introducción, más que poner en evidencia una problemática que para el día de hoy está lo suficientemente clara, llegar al defecto que más salta a la vista en el libro que reseño en la presente nota. *Quinto mandamiento* del autor colombiano Fernando Soto Aparicio (Tunja, 1935). ¿Qué salta a la vista? Por quinto mandamiento entendemos, según nos ha explicado la moral judeo-cristiana, "No matarás", precepto que la portada del libro nos termina de sugerir, como si el *Leitmotiv* del libro no fuese claro para el lector colombiano, tan aguzado en estos temas por razones que no hace falta mencionar.

Conocido en gran medida por obras como *La rebelión de las ratas* o *Mientras llueve*, tal vez su más lograda novela, Soto Aparicio ha escrito más de cincuenta libros en casi medio siglo de producción literaria.



Quinto mandamiento acude a esa suerte de realismo crónico —amén de la violencia que vive nuestro país desde hace tanto tiempo—, tan presente en buena parte de la literatura colombiana. Y es que, la verdad sea dicha, aun después de producir obras como *María* o *Cuatro años a bordo de mí mismo* —donde una síntesis dialéctica de lo real y lo irreal auguraban un equilibrio temático en la novelística posterior—, la novela de mediados del siglo XX se vio, y aun se ve, sumergida en un asfixiante panfleto sociológico; es decir, prisionera de un contexto ortodoxamente social en el que pretendía hallar en su lirismo una desmedida beligerancia para el país. Noble propósito, pero ¿en nombre de qué? Acaso valga mencionar algunos de esos casos en los que vemos no una novela sino un libro de texto escolar con ligeros atisbos de suficiencia verbal: *Siervo sin tierra, Viento seco* o *Pogrom*; literatura mal prodigada en la escuela elemental, en la que por desgracia se ampara gran parte del bagaje literario de nuestros bachilleres. Aun así y para no incurrir en una postura desobligante, se reconoce ese afán por intervenir de alguna forma, tal vez de manera mesiánica o por simple sentido común, en el conflicto colombiano, de la mano de uno de los oficios que más linda con la realidad del hombre: la literatura. Cierto es que el país ha dejado increíbles memorias de la violencia que padece, ahora sí no tan rayanas

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

en el documento y la anécdota: *La vorágine* o *Cóndores no entierran todos los días*, por ejemplo.

Vamos al libro. A través de una serie de testimonios, doce en total y divididos capitularmente en una especie de tríptico subtitulado, el libro se abre como un archivo de juzgado. Diversas personas hablan en torno a los dilemas de Mayra Gallardo, una estudiante que ha sido víctima de la violencia y que "como una extraña protagonista" —según confiesa ella misma en el prólogo del libro—, ve reconstruida su historia "a pequeños fragmentos por otras personas". Escrita en un paralelismo que le ciñe aún mas a la crónica, la "novela" —y que valgan las comillas— muestra esa Colombia de cada día. Guerrilleros, paramilitares, prostitutas que lidian con borrachos y narcotraficantes, desplazamiento forzado, vandalismo, oprobio, esmeraldas, olvido del gobierno... pero ¿y la novela?

El discurso de *Quinto mandamiento* parece ser amparado por la superchería de aquellos valores que se desea salvar de la balacera. "Seremos mejores si permitimos que en el corazón nos crezca el amor, compañero inseparable de la esperanza". Lindos preceptos. Pero ¿y la literatura?

Colombia adolece, en efecto, de una guerra sin cuartel. Es cierto que "la población civil odia a los paramilitares, porque se han ensañado con ella; no ama a sus fuerzas armadas porque en esa institución el atropello a los más elementales derechos humanos está a la orden del día; y le tiene miedo y fastidio a la guerrilla, que pone al pueblo como pretexto de su lucha pero vive destruyéndola todos los días". También lo es que una labor que se pretende humanista, como la del escritor, más si vive en un país como el nuestro, debe corresponder a la necesidad de los suyos. Pero, ¿es necesario que toda obra sea beligerante para llegar a ser realmente una obra? Detrás del conflicto no sólo subyacen las consecuencias ambientales, sociales y económicas que el exterminio, por obvias razones, ocasiona. Además de esto, culturalmente hemos visto cómo el fenómeno de la violencia reposa en el cine, la literatura o el arte, cuya ética de socavar en los problemas, para de algún modo hacerles frente, no ha pasado de mostrarse como una simple apología de nuestra realidad, en cuyo desastre reposan también nuestros endilgados autores.

Mi afán no es demeritar el libro; más bien deseo aclarar su género, que en la parte interna de la presentación es calificado varias veces como novela, pero que, con el permiso de los furibundos seguidores del buen Soto Aparicio, me atrevo a decir que no lo es. Un autor español —ahora no recuerdo bien quién— decía, con respecto a esos epítetos que califican a ciertas obras en prosa, que era novela todo aquello que en su tapa dijera novela, o, como Mario Vargas Llosa refiere en *El arte de la novela,* que "novela es todo lo que pretende ser novela". Ahora bien: resulta casi subversivo en nuestro país promulgar una ley donde cualquier cosa sea cualquier cosa. Al pan pan y al libro libro. Ojalá estos testimonios ahonden de alguna forma en nuestra problemática social, ya que en el campo de las letras no harán, por fortuna, gran cosa.

CARLOS ANDRÉS ALMEYDA GÓMEZ

Perorata sin fin

Martina y el egotista
Agustín Morales Riveira
Editorial La Serpiente Emplumada, Bogotá, 2001, 286 págs.

La garantía que da la coedición en Colombia hace que muchos autores no cobijados por las venias del mercado ni por las familias editoriales, que hacen de la escritura un aventajado monopolio, se lancen en ristre a la tarea de darse a conocer, bien sea porque ningún editor con dos dedos de frente les quiere publicar o por formar parte de ese grupo de graciosos anarquistas que dicen abdicar del consumismo y los favores editoriales. El problema, en este caso, es que muchos de esos autoeditores no son justamente los más apropiados para ser lo bastante críticos y selectivos con su propia obra. En este grupo de ejercicios creativos desorientados inscribo el libro *Martina y el egotista*, del abogado, diplomático, dirigente gremial y comentarista de teatro y televisión Agustín Morales Riveira —hijo de ese sí gran autor Próspero Morales Pradilla—, que debió haber sido revisada o, mejor aún, reescrita por completo, para poder hallar en ella un atisbo de novela que hubiera dado consistencia a la historia que su autor nos pretende narrar.

Sin salir de una eterna perorata, su protagonista, Santiago Vidales, permanece suspendido en el más insidioso soliloquio sin fin, apenas matizado por uno que otro apunte de genial ironía y por su oficio de tinterillo que prefiere dedicarse a las tiras cómicas, sin que su poco provechosa vida tenga algo de lúdico o, tan siquiera, de agradable para el lector, embebido hasta el cansancio de su rutina y su aberrante misoginia.

La historia es sencilla. Un ebrio enamorado de *la bande desinée*, que hurga en el mundillo de la desgracia como si éste le ofreciera un estereotipo apto para su condición de artista y que encuentra la antítesis en una

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.